Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada

Escribe: GERMAN COLMENARES

CAPITULO II

LAS CUESTIONES QUE SE DEBATIAN

A. ECONOMICAS

1. *Puntos de vista sobre la propiedad territorial*—Para comprender el alcance pero también las limitaciones de las formas emprendidas a mediados del siglo pasado, o el acento peculiar de la ideología liberal y de las declamaciones de la generación que comenzaba a actuar en esa época, parece conveniente esbozar rápidamente un cuadro de la situación económica de la Nueva Granada antes de 1848.

Como este ensayo se limita a la exploración de las formas de la conciencia en las clases sociales de la época, parece obvio limitar asimismo la exposición a los argumentos que se esgrimían como resultado de un enfoque particular de las cuestiones. En rigor, no se trata de testimonios imparciales puesto que cada uno refleja tendencias muy personales y, en casos extremos, los propios intereses. Pero este es precisamente uno de los aspectos que deben subrayarse; el afianzamiento de una de las formas de conciencia de clase a través de las dificultades que tuvo que enfrentar. También sus modificaciones por necesidades políticas (y aun cierto grado de contradicción) o la escogencia de un término medio entre la total afirmación y las componendas con una sociedad que no podía transformar totalmente a su imagen y semejanza sin abolir sus propias posibilidades.

Los trabajadores de tierra caliente, una curiosa obrita de Medardo Rivas (1), retrasa con acentos épicos la tarea que emprendieron algunos comerciantes y doctores a partir de 1848, cuando se crearon las condiciones favorables de su ascenso económico. Según Rivas los monopolios de aguardiente y del tabaco, que tenían empobrecida la nación, arruinada la industria, paralizado el comercio, contribuían a que esos hombres laboriosos se mantuvieran en la inactividad. Abolidos, nada se oponía a que su trabajo fuera coronado por el éxito.

La apología de Medardo Rivas refleja bastante bien el proceso de colonización interior que estimuló la avidez de una fácil ganancia. Un proceso que activó las energías sociales enquistadas apaciblemente hasta ese momento en la inalterable uniformidad de los hábitos heredados y en las estructuras sociales heredadas de la colonia. El dinamismo irrumpe en las relaciones entre el campo y la ciudad y las altera. El cultivo del tabaco, y más tarde del añil, es un cultivo comercial que permite el acceso a un mercado mundial. Así, en lugar de operarse el fenómeno habitual de inmigración rural hacia las ciudades, ocurre más bien lo contrario ya que la ciudad constituye apenas un asiento administrativo, escasamente comercial e incapaz de absorber mano de obra por la ausencia de industrias: "...los artesanos, los comerciantes, los buhoneros y hasta las criadas abandonaron a sus antiguos amos, para ir en pos del Dorado que se llamaba añil".

Esta preeminencia anormal del campo sobre la ciudad señala claramente los límites de la acción de la clase comerciante que tendía a adquirir los rasgos de una burguesía. También los límites de su lucha contra el primitivo latifundio. Este fenómeno parece haber sido general en toda la América hispana. Según un investigador norteamericano (2), "...hasta la difusión del industrialismo en Latinoamérica, el mayor canal de modernización en esta área, particularmente después de los alrededores de 1850, fue el nexo entre la propiedad territorial y los mercados europeos o norteamericanos, o las grandes ciudades de Latinoamérica". Allí donde la producción se dedicó al mero consumo doméstico, particularmente en las regiones montañosas impropias para la explotación de géneros coloniales, el peonaje y las condiciones ancestrales de vida tendieron a perpetuarse. Por el contrario, en las zonas aptas para este tipo de explotación se impuso un tipo de agricultura capitalista sustentado por una mano de obra esclava. En la Nueva Granada, excepcionalmente, fue necesaria la abolición de la esclavitud para desplazar mano de obra de los viejos latifundios a las nuevas empresas. Según Stein debe subrayarse la actividad de los comerciantes en estas zonas de agricultura de exportación puesto que sus hábitos contribuyeron a modificar los métodos de explotación: "...los comerciantes, que actuaron como agentes comisionistas y en última instancia como banqueros, adquirieron gradualmente la propiedad de grandes haciendas y tendieron a aplicar incentivos capitalistas, innovaciones y prácticas cuidadosas de teneduría de libros".

La clase comerciante tiene que convertirse a su vez en latifundista y adoptar los métodos de explotación rurales, combinándolos con sus propios métodos. Su acción no puede irradiar del centro natural de su asentamiento y de su influencia sino que tiene que trasladarse a las márgenes de los grandes ríos que le abren un camino hacia los mercados exteriores. La ciudad, particularmente Bogotá, lleva una vida parasitaria y su influencia, completamente artificial, obedece a una tradición burocrática impuesta por el régimen colonial español (3). Florentino González y Juan de Dios Restrepo (4) ponen en evidencia esta anomalía y reclaman la prioridad para sitios accesibles a vías naturales de comunicación. Dice Florentino González: "Esta ciudad (Bogotá) no es, ni puede ser un lugar de tránsito para ninguna parte, ni un centro de donde parte la actividad de la industria que vivifique la nación. Así es que ella se compone de em-

pleados, de militares, de clérigos, de frailes, monjas, profesores y alumnos de los establecimientos de educación, abogados, médicos, unos pocos hacendados que gastan aquí su renta, los que venden los géneros de que se viste toda esta gente, unos pocos sastres, zapateros y herreros; y al lado de todos ellos una caterva de mendigos enfermos y asquerosos bloquean constantemente las puertas de las casas y embarazan el paso por las calles". Juan de Dios Restrepo es todavía más explícito con respecto a la significación económica de la ciudad: "En la Nueva Granada —dice— no puede haber ciudades populosas sino a orillas del Magdalena o en nuestros litorales de ambos mares (...). Solamente la agricultura o las manufacturas cerca de los ríos navegables, de ferrocarriles o del mar, pueden dar alimento a una gran población: la agricultura en el interior siempre será mezquina y las fábricas imposibles".

Efectuadas las reformas, el contraste con la situación anterior a 1850 es evidente. El cultivo del tabaco (más tarde del añil) beneficia una mano de obra ociosa y activa los procesos económicos en tal medida que Nieto Arteta (5) puede decir que el tabaco contribuyó poderosamente a la constitución de la economía nacional. Tanto como a la economía de *archipiélagos* a que se refiere este autor, el cultivo comercial, orientado hacia un mercado mundial, sustituye una economía de mera subsistencia.

Con excepción de algunas poquísimas posesiones (6), todas las grandes haciendas de la sabana y de las faldas de la Cordilera Oriental habían pertenecido a comunidades religiosas antes de la independencia. Como se trataba de vastas extensiones de tierra confiadas a jornaleros —cuyo salario, en la sabana, estaba constituido por la sola alimentación, que no incluía una ración de carne— el producto del trabajo agrícola era forzosamente miserable. ¡Y aun se consideraba un privilegio ser propietario en la sabana! Pues, "...ser propietario en tierra caliente en otro tiempo era no tener propiedad en concepto de los habitantes de Bogotá, acostumbrados a ver en la sabana a los animales pastando en praderas naturales y las cosechas sucederse unas a otras, con un poco de labor, en que empleaban a los indios, de los cuales estaba poblada, alquilándose sumamente baratos" (7).

No creo necesario insistir, pues bastante se ha hecho, sobre el carácter predominante del régimen latifundista en todas las épocas de la historia de Colombia. Ospina Vásquez (8) anota una excepción muy importante en el período colonial, cuando los "vecinos" españoles no tenían el carácter de latifundistas y la clase acomodada e importante se componía de funcionarios y de comerciantes. Las órdenes religiosas, como queda dicho, eran las grandes propietarias. Queda por hacer una investigación prolija relativa al período inmediatamente posterior y a las modificaciones sufridas por la propiedad territorial en períodos como 1819-1830, 1840, 1850-1854 y en 1863. Como quiera que sea, la gran hacienda, en el período a que me refiero (poco antes de 1848) es la unidad económica fundamental. Las poblaciones que rodea "...no tienen sino una estrecha área, sin ejidos, sin dehesas comunes, ni siquiera donde recoger leña, y sus habitantes tienen que limitarse a poner algunas tiendas de comestibles o dedicarse al comercio de tránsito" (9). Aun Bogotá sufría con tal estado de cosas puesto que solo contaba para animar el comercio con el numerario que ponían

en circulación las precarias actividades que enumera González en el texto citado más arriba. Contra esta opinión, corriente en la época, Ospina Vásquez piensa, por el contrario (10), que los pueblos no eran simples apéndices de los latifundistas y que en ellos se concentrara la mano de obra agrícola, sino que más bien se componían de una masa de artesanos y de pequeños comerciantes que complementaban con su trabajo la actividad de las áreas agrícolas. Pero aun si las pequeñas poblaciones significaban algo más que una fuente de la mano de obra y la ausencia de esta descarta la importancia económica del latifundio, esto no quiere decir que no se diera en un grado más o menos grande la concentración de la propiedad territorial, aunque fuera improductiva. Esta última circunstancia no hacía sino reforzar la precariedad de la vida urbana. Con la eliminación efectiva de los resguardos se vigorizó el sistema de la hacienda (11) al proletarizar las masas agrarias aunque su efecto principal fue el de crear un nuevo tipo de unidad económica, largamente deseado por los *progresistas* que envidiaban los resultados obtenidos en Cuba: el sistema de *plantación* que aseguraba algún salario a los trabajadores, beneficiando con ello los mercados urbanos. Entre tanto el ámbito de las ciudades no podía dar cabida sino a muy pocas actividades que contribuían al desmedro de las áreas rurales. En otro pasaje del escrito citado Juan de Dios Restrepo señala que "...los negocios de nuestras ciudades son de suyo tan reducidos que, dejando de ser fructuosos a poca concurrencia, no queda colocación en ellas sino para los usureros, algunos comerciantes muy favorecidos y algunos pocos empleados".

Así, el primitivo latifundio, eje de la economía granadina, se revela impotente para renovarse a sí mismo y para desarrollar otra cosa que una magra economía de subsistencia confiada a la actividad de jornaleros y arrendatarios. A pesar del prestigio social de que gozan los grandes hacendados, de su poder indiscutido, la actitud que asumen frente a las posibilidades de explotación de sus tierras y, en general, de la necesidad de multiplicar la riqueza, es negativa. Por eso son tan frecuentes las alusiones a su egoísmo, a su apego a la rutina, en suma, a su *conservatismo*. El abismo que separa a un propietario de sus dependientes basta para colmar la ambición mediocre de un hacendado. El campesino, que no es del todo un proletario sino una especie intermedia ligada al *señor* por un contrato de arrendamiento de la tierra que explota, sobre el cual pesa la amenaza permanente de verse despojado de la noche a la mañana, se contenta apenas con asegurar su diaria subsistencia:

—¿...pobreza?, ¿con tierras tan fértiles y exuberantes? —pregunta Demóstenes— el *cachaco* de *Manuela* (12), a un arrendatario.

—Y, ¿qué hacemos con ellas?

—Descuajar todos estos montes y sembrar plantaciones para la exportación como café, añil, cacao, algodón y vainilla; y no sembrar maíz exclusivamente como hacen ustedes.

—Muy bueno sería todo eso; pero la pobreza no nos deja hacer nada, y como no hay caminos ahí se quedaría todo botado; y no es eso solo sino que los dueños de las tierras nos perseguirían. Es bueno que con lo poco

que alcanzamos a tener a medio descuido ya nos están echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo, ¿qué sería si nos vieran aún labranzas de añil, de café y de todo eso?

El mismo Eugenio Díaz insinúa otro tipo de relación, despojada de rasgos paternalistas, en el episodio que lleva a la heroína a Ambalema. Allí la palabra amo ha sido proscrita para dar lugar a una relación impersonal, al menos entre los campesinos que se dedican a preparar el tabaco para la exportación y el consumo interior. Esta manufactura rudimentaria los torna propiamente proletarios. Su salario, en todo caso es mucho más elevado que el de los peones de las haciendas.

Si las reformas de 1850 modifican profundamente las estructuras sociales agrarias al proletarizar el sector rural con la eliminación efectiva de los resguardos, liberan al mismo tiempo las energías de los comerciantes y estimulan su iniciativa en el sentido querido por Demóstenes, el personaje de Eugenio Díaz, el cual caracteriza precisamente la fracción más audaz de los reformadores, el llamado *golgotismo*.

La actitud de los hacendados, en contraste, consiste en aferrarse a las ventajas adquiridas y conlleva una buena dosis de fatalismo que refleja inconcientemente el periódico de Mariano Ospina R. al tratar de responder a la pregunta “¿por qué está pobre la Nueva Granada?” (13): “...no estamos muy ricos —aclara— porque no ha sido posible que lo estemos”. Y en seguida manifiesta desconfianza por las reformas legislativas: precisamente aquellas reformas que implican un grado mayor de libertad económica, tan cara a los ideólogos liberales. Cita el caso de la tarifa de aduanas, cuya reducción en 1847 ha dado apenas resultados mediocres, que algunos han querido exagerar. Argumenta que si se concede alguna influencia a la legislación sobre la actividad económica, debe repararse en que ese influjo está encaminado a destruir lo existente y que apenas se nota su influencia benéfica en un proceso constructivo. Defiende la obra legislativa que suscitó la revolución de independencia y que a pesar de su excelencia no bastó para despertar la actividad aletargada por siglos de dominación española. No es entonces la carencia de leyes favorables lo que obstaculiza el surgimiento de fuerzas productivas sino la *naturaleza*, que hace del hombre un animal de costumbres. El problema queda desplazado de su contexto de generalidad teórica para radicarse en el empirismo de una peculiaridad psicológica o de la observación de deficiencias individuales: la ausencia de hábitos de trabajo o de conocimientos industriales en la masa del pueblo.

La gran propiedad territorial permanece encerrada en un círculo vicioso: la incapacidad para cultivar provechosamente las tierras las abarata y como resultado se hace muy fácil concentrar la propiedad en pocas manos. La concentración progresiva agudiza a su vez el problema inicial originado en la necesidad de confiar las tierras a arrendatarios, a los que se limita las posibilidades de explotación por exacciones continuas y desconsideradas. Su precaria existencia constituye el fundamento del poder y del prestigio del hacendado, pero no se traduce en un provecho positivo, antes bien, multiplica la miseria y crea una tensión constante con el propietario. No existe una relación impersonal y abstracta, garantizada por

el derecho, sino que reina la más absoluta arbitrariedad, favorecida por anomalías legislativas. José María Samper (14) pide leyes protectoras para los arrendatarios contra las depredaciones de los propietarios de finca raíz. Considera, por otra parte, perfectamente inadecuadas las leyes existentes: "...pero la ley, ¿dónde está? Esa ley protectora del desgraciado es irrisoria porque está refundida en los rincones de un viejo edificio levantado en épocas remotas, las *Siete partidas*. Allí está la ley, pero una ley escrita en idioma ininteligible para el pueblo, conexiónada con otras muchas y sujeta a las interpretaciones ambiguas y contradictorias del foro. Y esta ley está en un código desconocido para el pueblo, puesto que en muchísimos distritos no hay quien posea un ejemplar de las *Siete partidas*".

Así, una subordinación anómala del tenedor de la tierra con respecto al propietario elimina toda posibilidad de trabajo productivo, como lo sugiere el texto de E. Díaz citado más arriba. Hablar de feudalismo resulta impropio pero sirve al menos de término de comparación y a él han acudido todos los que han querido caracterizar este estado de cosas.

2. *La ausencia de capitales, la empleomanía y los pretextos de la usura*—El comercio se resentía con la improductividad rural aunque podía disponer en alguna medida de los capitales cuya ausencia se señalaba como el mayor obstáculo para el desarrollo de la agricultura. Pero esta actividad era muy limitada y necesitaba ampliarse para proporcionar un piso sólido a las aspiraciones de predominio de la clase comerciante.

A tal punto era limitada que aferrarse a un empleo —que significaba cierta dosis de prestigio social para los *doctores*— se justificaba muy bien por la simple razón de que en algo había que ganarse la vida. Florentino González, en *El Siglo*, con Manuel Samper o Mariano Ospina R., combatía con muy buenas razones la proliferación de los *doctores*, a quienes José I. de Márquez responsabilizaba en buena parte de haber atizado la guerra de 1840. *El Siglo* (15) imagina un diálogo en el que un funcionario confiesa ser empleado, "...por ganar un sueldo con qué vivir; porque vivo en un país en que esta es la única ocupación que puede darme el pan para mis hijos". El diálogo asocia naturalmente este tema con las dificultades de la agricultura y el comercio en tierra fría por la ausencia de mercados. Los inconvenientes de la tierra caliente no son menores: los climas son insalubres y se carece por completo de vías de comunicación. Parece entonces una consecuencia forzosa que los monopolios fiscales deban mantenerse para obtener rentas con las cuales alimentar la empleomanía. Se sacrifica en esta forma la actividad económica normal, gravada desproporcionadamente, a la única ocupación posible para los *doctores*.

Este círculo vicioso que encadena las posibilidades de la incipiente burguesía burócrata y comerciante solo puede romperse en virtud de una coyuntura económica que libere la iniciativa privada y conceda, no una mera preeminencia virtual derivada de la función de gobernar o estar adscrito al "servicio público", sino un verdadero poder representado por el dinero. De esta manera se impone una clara conciencia de la necesidad de agenciarse capitales. Necesidad que reviste un matiz diferente para la óptica conservadora y para los anhelos de los comerciantes liberales. Aquella

adopta una actitud muy próxima a la pasividad, que confía más en la atracción de capitales extranjeros, ofreciéndoles la ventaja que representa la estabilidad política, la paz, el orden, etc., y en el recurso del ahorro, eliminando los gastos improductivos (16). Los liberales, en cambio, ponen todo su empeño en la transformación política, que aportará consigo las franquicias que requiere "...la acción libre favorable y bien dirigida de la inteligencia humana" (17). Esta actitud, un poco teórica, confía más en la acción de supuestos *agentes naturales* y en "condiciones muy ventajosas en la producción de la riqueza", es decir, postula un economismo frente a la lenta evolución a que se atiene la óptica conservadora.

La situación de la Nueva Granada en 1848 ofrece serias dificultades al impulso ascendente de las *clases laboriosas*, particularmente por la ausencia de capitales. Los periodistas liberales no se cansan de insistir sobre ello: "...el capital circulante en la Nueva Granada —dice Ricardo Vaneegas— (18) es escaso; por consiguiente caro y su uso poco ventajoso para ninguna empresa en que haya de tomarse sobre un interés dado. De ahí viene que la propiedad inmueble no tenga ya casi ningún valor; de ahí que los propietarios encuentren una absoluta imposibilidad para tomar prestado un capital con qué dar ensanche a sus especulaciones; de ahí que los cambios sean difíciles, lenta la circulación; y de ahí, en fin, que todo hombre laborioso y trabajador tropiece con una invencible fuerza de inercia siempre que trata de poner una planta o de dar vuelo a una industria".

Durante la primera época de *El Neogranadino*, de inspiración *mosquerista* (19), este periódico libró una enérgica campaña destinada a suscitar las más variadas preocupaciones económicas. "Bien que partidarios de la acción individual" proponen la intervención del gobierno para proteger la agricultura y más concretamente la intervención encaminada a la creación de crédito agrícola y a la apertura de caminos. Ha de ser el gobierno porque los esfuerzos de los particulares se verían anulados por la timidez industrial, la rutina o la pereza. El gobierno debe prestar su concurso hasta el momento en que arraiguen firmemente los hábitos que permitan prescindir de su concurso. Poco después se propone la fundación de un banco de emisión para facilitar las transacciones comerciales. Esta vez la invitación está dirigida a los particulares, pues parece llegado el caso "...de hacer nosotros, como particulares, lo que ya no debemos esperar de entidades políticas". Este cambio intempestivo respecto al crédito que merecía el Estado se debió a la negativa de la Cámara Provincial de Bogotá a facilitar la conversión de la caja de ahorros (que había fundado Lino de Pombo, junto con otros notables de Bogotá) en un banco, autorizando la emisión de cédulas al portador (acciones). Los capitalistas deberían apresurarse a venir en socorro del comercio y de la agricultura, estableciendo por su propia iniciativa un banco de emisión, puesto que la experiencia parecía demasiado aventurada al gobierno. Con ello sacarían un provecho mayor de su dinero que el que reportaban colocándolo a un interés decente, "...pues no hablamos de la usura ratera y emboscada, oficio de pocos, ocupación de cerebros ruines, vulgares".

Cabría el beneficio de la duda en favor de la rareza de la usura si los testimonios no fueran tan insistentes sobre su práctica, al parecer generalizada en todos los centros urbanos de alguna importancia. Examí-

nese por ejemplo este párrafo de una carta que escribe José E. Caro desde su destierro voluntario y en la que resume la situación general que se ha tratado de describir: "...en Bogotá la juventud no tiene carrera alguna y es más ociosa y por consiguiente más viciosa que en cualquier otra parte. Bogotá es una ciudad sin comercio y sin industria, en que los capitales no tienen más empleo que el de la usura, en que el juego reina de una manera espantosa" (20). Podría sospecharse de la imparcialidad de Caro o advertir que enfrenta la situación con una sicología peculiar, mezcla de excitación moral y de encono que prestan a menudo acentos apocalípticos a su palabra, muy del gusto de una oposición desesperada. Pero lo que describe es casi siempre exacto, si no paramos mientes al estilo rencoroso y desorbitado. Un testimonio menos sospechoso, el de Juan de Dios Restrepo (21), confirma la apreciación de Caro en este punto. Restrepo describe minuciosamente y apenas con la antipatía natural que puede despertar el oficio de usurero, cierto tipo de "...aristocracia monetaria algún tanto iletrada" que domina todos los resortes de la vida pública de Medellín. Ninguna cualidad deseable adorna a esta clase social. Es verdad que él admite, como cosa natural y hasta provechosa y lícita, la influencia de los ricos, pero a condición de que la riqueza se convierta en una fuente de beneficio social o en una ocasión para practicar las virtudes cristianas. "...Pero —agrega— esos banqueros de uno y medio y dos por ciento como los hay aquí y en Bogotá, que viven en sus poltronas explotando las miserias ajenas, llenando sus cofres a mansalva, arruinando colectivamente el país, sin arriesgar una peseta en ninguna industria nueva de utilidad general ni correr las vicisitudes de los negocios, son una especie de vampiros que podrán inspirar temor pero nunca simpatías ni respeto". De esta clase, y de su gusto por el dinero que le proporciona una influencia siniestra, se deriva en política una actitud rabiosamente conservadora, pues su interés más evidente consiste en mantener el *status quo*.

Como para verificar estas observaciones, José María Samper (22) comprueba que uno de los efectos inmediatos de la abolición del monopolio del tabaco y de la intensificación del cultivo ha sido el de rebajar el interés del dinero del 6% al 2% y aun al 1½%, "...hecho que prueba —a su manera de ver— la competencia de los capitales y de la moralización de la industria".

Debe citarse, finalmente, la reacción que se desató en ciertos medios durante el *régimen provisorio* del general Melo, contra la usura. Si bien existe cierta confusión respecto de la posición particular de los adherentes en este breve período revolucionario (17 de abril a 4 de diciembre de 1854) puesto que se pretendía garantizar los privilegios de los propietarios al mismo tiempo que se los sometía a empréstitos forzosos, la condenación de la usura quiso utilizarse como argumento político para mantener la adhesión de los artesanos. Joaquín Pablo Posada, redactor del periódico del régimen, se expresa violentamente contra las actividades de la minoría dominante, a la que Melo recurría con amenazas y aun con la prisión efectiva con el fin de arbitrar recursos para sostener los gastos de la guerra: "¡Oh!, una revuelta para ellos, que saben que nuestra América no está sujeta a los principios de la economía política europea, una revuelta para ellos ha sido siempre una fuente abundante de riqueza, porque

aquí no hay lo que propiamente se llama comercio, no hay industria y el negocio positivo es la usura, y para que el interés del dinero suba no hay como un amago de revolución”.

3. *El punto de vista de los comerciantes*—Desde 1846 Florentino González sintetiza en dos artículos aparecidos en *El Día* (23) las grandes líneas de política económica y el programa de gobierno que realizará la revolución de 1848. Expone por primera vez el argumento de orden histórico-político que inspirará en adelante a los *gólgotas* en su afán transformador. Según su punto de vista, la transición del régimen colonial al régimen republicano, operada con la independencia, solo significó un cambio en el nombre de los funcionarios y la adopción de un gobierno republicano representativo que se encargó de la dirección y el manejo de los negocios públicos pero que dejó subsistentes la mayoría de las instituciones coloniales. González subraya la función meramente burocrática de los detentadores del nuevo régimen y señala que este no ha contribuido para nada al incremento de los recursos naturales ni se ha preocupado por abolir contribuciones y monopolios que entraban las actividades productoras de riqueza de los particulares. Luchas estériles, que el nuevo tipo de gobierno parece suscitar de suyo, han contribuido a extraviar el interés de los granadinos de sus verdaderos objetivos puesto que ellos no han ganado nada en riqueza y comodidades con el cambio. Los pocos capitales de que han podido disponer se han empleado en la explotación de algunas minas, en el comercio exterior y en el establecimiento de unas pocas fábricas, actividades que no han obtenido resultados ventajosos “...porque se ha trabajado bajo el influjo de leyes opresivas que encadenan la producción y el tráfico”.

F. González tiene en cuenta el fracaso experimentado en 1840 con el intento de una incipiente industrialización apoyada por el Estado. Es posible que no haya profundizado suficientemente en las ventajas de una experiencia parecida puesto que todos sus argumentos tienden, por un lado, a descartar la acción del Estado y, por otro, a suprimir toda actividad dirigida hacia la industrialización.

El Estado debe contentarse con liberar a la iniciativa individual de todas las trabas que pesan sobre ella y que la inhiben en el ejercicio de una actividad económica productiva. Esta actividad debe limitarse a su vez a la explotación de las minas y de la agricultura porque la Nueva Granada “...no está llamada a ser una nación manufacturera”. González sostiene el principio de la división internacional del trabajo y aduce tres argumentos que fuerzan a su aceptación en la Nueva Granada. En primer término porque este país no cuenta con facilidades para montar fábricas, es decir, con capitales y medios técnicos adecuados. Luego porque no posee materias primas para alimentar una industria ya establecida. Finalmente, González cita una circunstancia que refleja claramente la índole social, muy peculiar de la época: las fábricas que se establecieran no contarían con consumidores que prefirieran sus manufacturas a las extranjeras en un mercado de libre competencia. Se da por descontado el hecho de que el establecimiento de fábricas (y González piensa con seguridad en los textiles) no implica un proteccionismo que elimine del mercado la competencia extranjera. En estas condiciones ninguna industria podría

competir con las mercancías extranjeras. Pero aún descartando el interés de los comerciantes que se oponían al proteccionismo mediante fuertes gravámenes aduaneros, la mención de la preferencia de los consumidores implica un matiz psicológico que no debe desdeñarse en un estudio dedicado a las formas de conciencia de clase en la época. Una ilustración aproximada de este problema se halla consignada en una novela de costumbres, *Amores de estudiante*, de Próspero Pereira Gamba (24). El héroe del relato, un estudiante del Colegio de San Bartolomé, en los años 30-40, se muestra desconsolado con respecto a su propia indumentaria, la cual comprendía "...calzones de manta socorrana (que, entre paréntesis, nos hacían usar para proteger la industria del país)" (25). Se trataba evidentemente de una imposición que no podía cobijar sino a los estudiantes o al ejército, sometidos a una especie de tutela. Ninguna otra clase social podía aceptar de buen grado una imposición semejante. El personaje de la novela se encuentra reducido a una especie de inferioridad social por la ridícula indumentaria que se ve constreñido a llevar. Decidido a abordar a una linda joven que aparece en el teatro hace una apuesta con sus compañeros y confiesa: "Lo que más arduo les parecía a mis camaradas, era que yo tuviese el arrojito de presentarme ante aquella noble familia con el triste uniforme con que estaba vestido" (26). Es muy probable que no se tratara en modo alguno de una *noble familia* pero al estudiante se lo parecía con su admirativa simplicidad frente al atuendo de los acompañantes. En qué consistía esta nobleza, el estudiante nos lo revela cuatro páginas más adelante: "...todos los jóvenes de las provincias que van a los colejos (sic) de Bogotá, por más miserables que sean, mienten riqueza para tener entrada en la capa de la sociedad donde reside la aristocracia monetaria".

Frente al consumo existen pues diferencias psicológicas muy marcadas que influyen decisivamente en el punto de vista con que debe mirarse el problema industrial en el siglo XIX. Existe una capa de la sociedad que se resiste al consumo de los productos nacionales por razones de prestigio social. Si bien entra en juego la calidad del producto en las consideraciones del consumidor, esta calidad no se determina forzosamente teniendo en cuenta razones de mera índole económica (duración, resistencia, p. ej.) sino más bien ateniéndose a su "finura", es decir, a su aspecto puramente exterior que sirve para identificar entre sí a quienes pueden comprarlo. Y aún si el precio es comparativamente inferior (dada la calidad) al de los productos nacionales, el uso del artículo importado constituye casi el privilegio de una clase superior. Aun en el congreso llegó a debatirse, en el momento de discutirse la cuestión del librecambio, si era posible obligar a un *cachaco* a usar vestidos de manta.

Existía, en resumidas cuentas, una prevención muy fuerte contra los productos elaborados por la industria nacional. De otro lado, no hay que olvidarlo, la industria concebida en un sentido moderno había experimentado un fracaso. En realidad no subsistían sino los establecimientos tradicionales que eran objeto de ataques porque lo que quedaba del primitivo proteccionismo estaba dirigido a mantenerlos. Florentino González combate los impuestos indirectos sobre la importación de géneros de algodón que, según él, son los que tienen mayor consumo entre los sectores más pobres de la población. Califica de absurdo este sistema que tiende a favorecer el supuesto fomento de nuestras fábricas pues "...parecería que positiva-

mente haya fábricas entre nosotros, y que nos conviene inclinar a nuestra población a que sea manufacturera". La existencia de estas fábricas es muy problemática y no merecen este nombre los mezquinos establecimientos que funcionan en Tunja y en el Socorro, los cuales carecen de maquinaria o alguno "...de los auxilios que pudieran hacerla rivalizar con la industria extranjera". Calcula que el trabajo de un obrero del Socorro le produce tres centavos al día y que este mismo hombre, trabajando en establecimientos agrícolas dedicados a la explotación de frutos exportables ganaría cuatro veces más.

La argumentación de González no se detiene a mostrar meramente la imposibilidad de convertir a la Nueva Granada en una nación manufacturera sino que tiende asimismo a subordinar el crecimiento económico a las posibilidades del mercado exterior. Aun las conveniencias fiscales, que suelen invocarse para el mantenimiento del monopolio de uno de los principales frutos exportables, el tabaco, no se verían afectadas si se sustituyera este arbitrio por un impuesto moderado a la exportación. A quienes arguyen que la producción intensiva haría bajar los precios en los mercados de ultramar puede objetárseles que si bien se ofrece una cantidad limitada, esta limitación obedece a que existe casi un único mercado, el de Inglaterra, ya que en Bremen y Hamburgo solo se ofrecen cantidades muy pequeñas. Basta ampliar entonces el acceso a los mercados para mantener los precios. Ningún argumento en todo caso parece refutar esta simple proposición: "El comercio de exportación es el único que puede enriquecer a un país proporcionándole vender en el extranjero las producciones que no necesita para el consumo exterior". Por eso, "...es necesario que nos convenzamos de que solamente lo que nos facilite especular sobre el mercado inmenso de Europa puede contribuir a la prosperidad y aumento de la fortuna pública y privada".

4. *La mano de obra. La manumisión y los miramientos a los diputados del sur*—Una curiosa observación de Medardo Rivas (27) nos pone delante de otro de los problemas en que se debatía la vida económica granadina. Según Rivas, "...propiedad sin negros que la cultivasen no servía para nada. Por esto la esclavitud se prorrogó hasta 1851; y entonces se creyó efectivamente que abolida esta la poca industria que había en el país iba a arruinarse".

El comercio exterior —lo que hoy llamaríamos "la balanza comercial"—se saldaba siempre con el producido de las minas de oro. La explotación de estas dependía del trabajo de los esclavos aunque su importancia hubiera disminuído sensiblemente en tiempos de la república. Pero la agricultura "en grande" descansaba casi enteramente sobre la misma base (28). Estas sencillas consideraciones hubieran bastado para serenar la exaltación filantrópica y para situar la discusión sobre un terreno eminentemente práctico, si los intereses que concernían a la conservación de un determinado tipo de riqueza hubieran coincidido con las aspiraciones de la clase en ascenso. Pero esta, a riesgo de alarmar a los propietarios de las provincias del sur, colocó entre las reformas que debía emprender la administración del 7 de marzo la cuestión "esclavos" y se apresuró a declamar en todos los tonos sobre la iniquidad que encerraba la institución. Para confirmar a la luz pública su determinación y para darle una inicia-

ción práctica se apeló al espíritu filantrópico de los notables de Bogotá en forma de suscripciones voluntarias a un fondo privado de manumisión. Finalmente, el 20 de julio de 1849 se celebró la fecha conmemorativa de la independencia con el tema dominante de la manumisión.

El congreso de 1850, que había logrado integrarse con la mayoría liberal necesaria para encarar las reformas que figuraban en el programa del 7 de marzo, debatió largamente el asunto durante las sesiones de abril y mayo (29). El procedimiento parlamentario, basado casi íntegramente en el prestigio de la oratoria, obligaba a discutir el problema a la luz de *principios* que se iban desarrollando en los detalles prácticos que sugería su realización. En esta forma se enfrentaban dos principios cuya enunciación teórica no bastaba para ocultar los intereses de sus defensores. Al principio de libertad para todos los habitantes de la Nueva Granada, los ciudadanos diputados del sur oponían el de la intangibilidad de la propiedad privada. Este antagonismo se resolvía en un problema práctico, el de la indemnización que deberían recibir los propietarios. En síntesis, las discusiones versaban principalmente sobre los arbitrios destinados a agenciarse para establecer fondos de manumisión.

Una especie de regateo impulsaba a los diputados a ocuparse de la suerte de los manumitidos pues su condición, a la vez que creaba algunos problemas de asentimiento, ofrecía la posibilidad de procurarse mano de obra barata en las provincias que no habían gozado de ella. ¿Qué iba a hacerse entonces con los manumitidos? ¿Fundar poblaciones exclusivamente para negros? ¿Dejarlos en el lugar de su antigua opresión? ¿Dispersarlos por todo el país? Cada una de estas soluciones planteaba problemas desconcertantes. Si se los segregaba del resto de la sociedad, reduciéndolos a poblados, representaban una amenaza constante de disturbios, pues siempre tendrían ocasión de estimular mutuamente sus "malos instintos" que se suponían reprimidos hasta entonces. Se corría también el riesgo, al abandonarlos a su propia suerte, de que vegetaran en la miseria, puesto que los reductos implicaban un abandono a sus propias capacidades que el régimen paternalista a que habían estado sometidos no había contribuido sin duda a desarrollar. Además, ¿cómo podrían hacerse a ellas sino gracias al contacto permanente y aun al mestizaje con una raza superior? Finalmente, ¿quién iba a gobernarlos? Un blanco sería el objeto de su odio y no podía confiarse en las virtudes de un negro, pues se daba por supuesta su absoluta inferioridad. Dejarlos en el lugar de su origen era exponer a los propietarios a las presumibles retaliaciones de sus antiguos esclavos, llenos todavía de resentimientos por su miseria pasada. Dispersarlos parecía lo más adecuado y esto ofrecía una ventaja adicional a la de eliminar los anteriores inconvenientes. Se disponía de una mano de obra barata y se participaba de un beneficio que hasta ese momento había sido el privilegio de los propietarios del sur. A lo cual los ciudadanos diputados del sur ponían todo su empeño en evitarlo, pues según ellos, la medida arruinaría las explotaciones de caña de azúcar de las provincias del Cauca y Buenaventura. Si bien los antiguos esclavistas podían temer las represalias de los manumitidos, era evidente que estos trabajadores se hallaban familiarizados con las explotaciones del sur.

Efectivamente, los propietarios tropezaron con dificultades, tal como se había previsto. El 14 de enero de 1852 escribe Joaquín Mosquera a

Rufino Cuervo (30): "...hasta hoy no ha producido desorden la libertad general de esclavos, pero preveo dificultades alarmantes porque algunos genios malévolos les aconsejan que no se concierten con sus antiguos amos, ni salgan de las tierras, para apoderarse de ese modo de las propiedades. Se que el señor Arboleda (Manuel) ofreció a los suyos tres reales diarios para continuar trabajando en sus haciendas de caña, y no ha admitido uno solo tan ventajosa propuesta". Y poco más tarde, el 7 de abril de 1852, vuelve a escribir: "...la libertad simultánea de los esclavos ha hecho por allá (se refiere a Caloto) el efecto que hace un terremoto en una ciudad cuando la derriba" (31).

NOTAS

- (1) *Ob. cit.*, p. 128.
- (2) STANLEY S. STEIN. "The tasks ahead for Latin American historians" en *The Hispanic American Historical Review*. Vol. XLI, No. 3, august, 1961.
- (3) V. MIGUEL SAMPER. "La miseria en Bogotá", en *Escritos político económicos*. I. Edit. de Cromos, 1925.
- (4) V. El artículo de F. GONZALEZ "Comencemos desde el principio" en *El Neogranadino*, No. 210 de agosto 12 de 1852. p. 172 y EMIRO KASTOS. "Cartas a un amigo de Bogotá", artículos aparecidos en *El Neogranadino* No. 192 de enero 16 de 1852. p. 23.
- (5) *Ob. cit.* p. 264.
- (6) V. SALVADOR CAMACHO R. *Memorias*. I. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá, 1946. p. 127 y ss.
- (7) MEDARDO RIVAS, *ob. cit.* p. 27.
- (8) *Ob. cit.* p. 12.
- (9) MEDARDO RIVAS, *ob. cit.* p. 48.
- (10) *Ob. cit.* p. 9.
- (11) *Ibid.*, p. 196.
- (12) EUGENIO DIAZ. *Manuela*. B.P.C.C. Bogotá, p. 75.
- (13) V. *El Nacional*. No. 11 de julio 30 de 1848.
- (14) V. el artículo "Protección al pueblo" en su periódico *El Suramericano*. No. 30 de enero 26 de 1850.
- (15) No. 9 de agosto 10 de 1848.
- (16) V. *El Nacional* No. 11 cit.
- (17) V. editorial "Camino" de *El Neogranadino*, No. 22 de diciembre 30 de 1848, p. 169: "...La acción libre, favorable y bien dirigida de la inteligencia humana, de los capitales y de los agentes naturales, producen la suma de bienestar social designada con la palabra genérica *prosperidad*. Pero la acción libre, favorable y bien dirigida de la inteligencia de un pueblo, presupone una legislación perfecta, una disposición de raza privilegiada y una ilustración sólida y extensa. La acción libre, favorable y bien dirigida de los capitales presupone la existencia de estos, es decir, de una complicada serie de hechos económicos que determinan y permiten la *acumulación*, resultado de la seguridad en personas y bienes y de condiciones muy ventajosas en la producción de la riqueza".
- (18) V. el artículo "Situación financiera de la república" en *La América*, No. 19 de junio 23 de 1848, p. 84. En el mismo sentido el periódico editado en Santa Marta por Manuel Murillo Toro, *La Gaceta Mercantil*, No. 5 de noviembre 2 de 1847. V. edit. "Capitales".

(19) Pertenecía entonces a Manuel Ancízar. Más tarde fue comprado por Manuel Murillo T. y se convirtió en el oráculo del radicalismo. Para apreciar los esfuerzos del periódico en el sentido indicado, V. los números 7 (Edit. "Fomento industrial"), 9 (Edit. "Caja de ahorros") 10, 11, 22, 23 (sobre caminos) y 12 y 14 (sobre bancos).

(20) JOSE E. CARO. *Epistolario*. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá, 1953. Carta de 11 de junio de 1851. p. 155.

(21) "Cartas a un amigo..." cit.

(22) V. "Cartas desde Ambalema" en *El Neogranadino*, No. 208 de julio 30 de 1852, p. 154.

(23) "Hagamos algo de provecho", No. 375 de agosto 23 de 1846 y "Vamos adelante", en el No. 377 de agosto 30.

(24) Bogotá, Imprenta de Echeverría Hnos., 1865.

(25) *Ibid.*, p. 15.

(26) *Ibid.*, p. 17.

(27) *Ob. cit.*, p. 28.

(28) V. "Manumisión de esclavos", edit. de *El Neogranadino*, No. 50 de junio 23 de 1849, p. 209, en donde se sostiene que "...la abolición de la esclavitud entre nosotros no es una cuestión filosófica sino una cuestión práctica y económica, y como tal ha de ventilarse si se quiere llegar a buenos resultados".

(29) V. *Diario de debates*. Imprenta de "El Neogranadino", 1850.

(30) V. LUIS ANGEL CUERVO. *Epistolario del doctor Rufino Cuervo*, III (1843-1853). Imprenta Nacional. Bogotá, 1922 pp. 206 y 305.

(31) No me refiero aquí a otra de las fuentes de mano de obra que es útil mencionar, constituida por los indígenas de los resguardos a partir de 1838. Sobre este punto V, el testimonio de Salvador Camacho Roldán, *Memorias I.*, p. 136 y su curiosa apreciación sobre la suerte corrida por los indígenas que se trasladaron a tierra caliente en busca de mejores salarios y que fueron diezmos por la epidemia de 1851.